

Hay historias superimportantes. De esas que cambian la vida de las personas o los países, de esas que pasan en los noticieros o salen en las tapas de los diarios. Bueno, la mía no es una de esas. Es apenas una historia chiquita acerca de cómo, en un mismo tiempo, logré comprender algunas de las cosas más importantes de mi vida. Todo esto tiene que ver con la música, el amor y los amigos, con alcanzar una meta y perder otra y con seguir para adelante. Una historia chiquita, que a lo mejor se parece a la de muchos otros. Así que voy a contarla, sólo porque sí, porque tengo ganas de acordarme y de olvidar al mismo tiempo.

12 Estaba en mi cuarto. Sentado en la cama, tratando de aprender la escala pentatónica de La que mi profesor me había dado unas horas antes. La practiqué una y otra y otra vez, hasta que los dedos me dolieron, pero siempre me trancaba en una parte. Conozco a muchos pibes que creen que esto es de lo más fácil, que agarrás una guitarra, tocás un poco y listo, te ganás todas las minas y te hacés famoso. En ese momento yo estaba descubriendo que nada era tan sencillo y que si quería tocar, me tenía que gustar de verdad, gustar más que ninguna otra cosa en el mundo. Sólo así alguien podría pasarse horas y horas encerrado intentando una y otra vez hacer la misma escala. Cuando los dedos me dolieron demasiado decidí parar. Mi profesor —y mi viejo— siempre me decían que no me preocupara, que en algún momento se me iban a formar callos en las puntas y que entonces ya no me iban a doler. Pero bueno, ahí estaba, con los dedos rojos y ganas de tirar la guitarra por la ventana, cuando escuché la voz de mi vieja:

—¡Sebastián, teléfono!

Era Nicolás, un compañero de clase con el que hablábamos siempre de música, intercambiábamos información sobre bandas y soñábamos con armar un grupo.

—Tengo una buena noticia —me dijo.

El tío le iba a prestar plata para comprarse un bajo, uno viejo y usado. La voz de Nico sonaba como si en realidad se fuera a comprar un yate o un auto cero quilómetro.

—¡Podemos tocar! —repetía una y otra vez.

—Sí, claro —yo no estaba tan seguro, sabía que necesitábamos un batero y que era difícil encontrar uno de nuestra edad. Los padres, al menos algunos, se bancan que uno toque la guitarra o el piano y hasta el bajo, pero un baterista es algo demasiado ruidoso. A mí me pasó. Cuando era muy chico quería ser baterista. Rompí tanto que mis viejos me compraron un redoblante. Pero después era un problema, porque cuando quería tocar, ellos querían ver la tele y el ruido no los dejaba, o venía alguien de visita o se quejaba la vecina. Yo quería pegarle bien fuerte y ellos me decían que lo tapara con una manita para que sonara menos y eso no tenía ninguna gracia. Yo quería que aquella cosa *sonara*. Así que de a poco fui dejando de tocar, hasta que empecé con la guitarra. Pero siempre me quedé un poco con las ganas y a veces pienso que me gustaría poder sentarme alguna vez detrás de los tambores y armar terrible desbarajuste.

Después de la llamada de Nico, decidimos buscar un batero y aprovechamos los recreos del liceo para preguntarle a todo el mundo si sabían de alguno. Era inútil, parecía que una misteriosa peste había hecho desaparecer

a todos los bateristas del universo. Pero un día, en que llovía bastante y me habían mandado a la dirección por hacer chistes en la clase de historia, algo sucedió. Yo estaba ahí, en el pasillo, esperando que la subdirectora me atendiera y me diera su famoso discurso de que yo era un inadaptado, que iba-por-el-mal-camino y todo eso, cuando vi venir a una chica. A ella también la habían mandado a la dirección. La conocía de vista, sabía que se llamaba Eliana y estaba bastante bien, no así como para desmayarse, pero bien.

Ella se quedó ahí y me sonrió.

—Vos sos Sebastián, ¿no?

—Sí.

—El que toca la guitarra.

—Sí.

El asunto es que a ella la habían mandado a la dirección porque se había puesto a hacer terrible batucada sobre el banco, justo cuando la profesora de matemática trataba de explicar esas cosas llenas de ecuaciones y equis, y “adivinen cuál es el no-sé-qué faltante”; todas esas cosas que nunca pude comprender.

—¿Y por qué hiciste eso? —le pregunté.

—Estaba repodrida —volvió a sonreír.

No tuve tiempo de decirle que me parecía raro que una chica se pusiera a golpear un banco de esa manera, porque se asomó Raquel, la adscripta, y la hizo pasar primero. Le pusieron una sanción disciplinaria. Yo, como era reincidente, me ligué dos y una carta para mis padres.

Más tarde le pregunté a Nico si conocía a Eliana y él me dijo que sí, que estaba en la misma clase de Diego y Equis y que, según le habían contado ellos, era medio famosa. Parece que un mes antes, en un cumpleaños de quince, se le había ido la mano con la cerveza y terminó apretándose al hermano de la homenajeadada delante de los padres, las tías, las abuelas y todo el viejerío. Al parecer, al día siguiente ella no se acordaba de nada y cuando el flaco la llamó por teléfono para invitarla a salir, le preguntó quién era y lo mandó a pasear.

15

Bueno, no sé si todo eso es cierto, pero es lo que me contaron. En el liceo todos siempre andan diciendo cosas sobre este o aquel o aquella, aunque la mayoría de las veces es todo mentira. Pero me gustó imaginármela armando todo ese lío. Al menos tenía personalidad. No se parecía a esas otras que solo hablan de ropa y escuchan a esos cantantes melódicos que hacen chorrear dulce de leche por los parlantes. Igual me siguió pareciendo raro lo de la batucada, así que en el siguiente recreo fui y la encarré. Ella estaba recostada contra una pared, sola. Parecía alejada de todo, como esas personas que están siempre con la mente en otro lugar. Se sorprendió cuando me vio.

—¿Cómo te fue?

—Dos sanciones.

Ella asintió en silencio.

—Una —dijo.

—¡Te gané!

Al menos sonrió. Entonces me di cuenta de que, por alguna razón desconocida, ella me ponía nervioso.

Bueno, no tenía mucha experiencia con chicas y aunque ningún profesor del liceo lo hubiese creído jamás, era bastante tímido. Me quedé callado, pensando en qué decir, y se me ocurrió preguntarle qué tipo de música le gustaba. Hablamos un poco de eso y descubrimos que nos gustaban las mismas cosas. Entonces le pregunté si conocía a alguien que tocara la batería.

—¿Por qué me preguntás?

16

—No sé, me pareció raro lo de la batucada y pensé que a lo mejor tenés un hermano que toca o algo.

—¿Pensás que las mujeres no pueden tocar la batería?

—Bueno, no, sí ¡claro que pueden tocar!, aunque no conozco muchas... en realidad no conozco a ninguna. Supongo que es un tema de fuerza, ¿no? Hay que tener fuerza para pegar y todo eso.

Error. Ella me miró como si acabara de insultarla.

—¡Sos un imbécil, igual que todos los demás! —me gritó y se fue.

Iba a seguirla por el pasillo, explicarle que no había querido decir nada malo. En realidad no estaba seguro de haber dicho algo tan terrible, pero justo sonó el timbre y tuve que volver a clase.

Más tarde, a la salida, la vi alejándose hacia la avenida y dudé. Le había contado a Nico sobre el incidente y él estaba de acuerdo en que no había mujeres bateristas famosas. Pero igual me pasaba algo, capaz que me estaba empezando a gustar, no sé. Corrí hasta alcanzarla y me quedé sin aire, porque soy asmático y aunque no llovía, la humedad me hacía mal.

—¿Qué querés? —me preguntó.

—Un baterista, ya te dije, estoy tratando de formar una banda; tengo bajista, pero no consigo baterista y no me importa que sea hombre, mujer, blanco, negro o verde. ¿Vos tocás?

Listo, se lo había preguntado de una.

Ella se detuvo, justo al borde de un gran charco. Se quedó callada y con un gesto como de bronca, aunque no sabía si era por mí, por la pregunta o porque le dolía algo.

—Yo toco —dijo bajito, con la voz cortada— pero no me dejan.

—¿Quién no te deja?

—Mi madre; ella dice que eso no es para mujeres y que los músicos son todos unos vagos inservibles, que tengo que estudiar computación y ponerme a trabajar lo antes posible.

Eliana se veía triste. Bajó la cabeza para esconder las lágrimas. Sentí que si para alguien la música era tan importante, entonces esa era la persona que estaba buscando.

—Supongo que no tenés batería entonces.

—¡Claro que tengo! Tengo una batería usada que me regaló mi padre antes de irse a Estados Unidos, pero ella dice que sólo lo hizo para hacerla enojar más y la tiene guardada con llave en un armario.

No me animé a preguntar más por el padre. Seguimos caminando en silencio. Cuando llegamos al semáforo, yo ya tenía una idea un poco loca.

—Mirá —le dije—, si de verdad querés tocar, podés entrar a mi banda.

Entonces algo sucedió. Su cara se iluminó durante unos segundos, los ojos le brillaron y me miró de una manera como nunca me había mirado una chica. Fue solo un segundo, después la cara se le apagó de vuelta.

—Gracias, pero es imposible, no me va a dejar.

18 —Lo que quiero saber es si querés formar parte o no, lo demás lo podemos arreglar —insistí—. Tengo un redoblante que no uso y con él podemos ensayar mientras buscamos alguna manera de convencer a tu vieja.

Otra vez el brillo, esta vez acompañado de una sonrisa. Me dijo que lo iba a pensar y le di mi teléfono, aunque por su cara, ya sabía que iba a decir que sí.



El primer ensayo fue un desastre. Estábamos los tres en mi cuarto; Eliana estaba sentada sobre mi cama. Esto parece la letra de una canción, ¿no? “Eliana sentada sobre mi cama”. Podría ser una canción de amor, pero no, era sólo porque ella no tenía banquito y le quedaba bien sentarse ahí para pegarle al redoblante. Por lo menos tenía palos. Nicolás, que es grandote, estaba parado, recostado a la pared; había enchufado el bajo a un amplificador casero que tenía, con un parlante que zumbaba todo el tiempo. Yo estaba de pie en el medio del cuarto, tratando de no pisar la ropa, los cuadernos, las revistas que adornaban el piso. Una vez más era el privilegiado: tenía la guitarra y también un cubo, uno de esos amplificadores chiquitos que ya vienen con parlante y todo, que había sido de mi viejo.

Al principio les expliqué un tema que hacía así y después cambiaba y entonces cortaba y se ponía más fuerte. Le dimos un montón de veces y yo gritaba para tratar de cantar encima del barullo. En ese momento, justo cuando mi vieja golpeaba en el piso de mi cuarto con una

escoba y se desgañitaba gritando ¡baaaaaaaaaaajen el volumeeeeeen!, descubrimos algo terrible: yo era un perro cantando. Nicolás era igual o peor que yo y además es redifícil tocar el bajo y cantar al mismo tiempo.

—Yo no canto —dijo Eliana, y se quedó cruzada de brazos, mirándonos.

Me di cuenta de que nuestra carrera a la fama estaba en peligro y entonces dije algo genial:

—Necesitamos un cantante.

20

No hace falta decir que estuvieron de acuerdo, así que otra vez a buscar y preguntar. Todos decían lo mismo: ¿Cantar? ¿Estás loco? Hasta que, otra vez en el liceo, me crucé con un pibe que tenía una remera de mi grupo favorito: se llamaba Ricardo y era macanudo; aunque había un par de problemas. Primero: nunca en su vida había cantado, salvo en la ducha y creo que eso no cuenta como antecedente profesional. Segundo: él también desafinaba.

Pensé que de última lo importante no era que el cantante afinara del todo, con tal de que se animara a pararse ahí, solo, detrás de un micrófono. Siempre creí que el del cantante es uno de los trabajos más difíciles. Si el que canta toca un instrumento, se siente protegido por algo, tiene algo en que ocupar las manos. Ni que hablar si el que canta es baterista, hasta puede esconderse detrás de los platos. Pero pararse ahí, solo, y cantar no es para cualquiera. Ricardo desafinaba, pero quería aprender. Además era muy caradura, era alto, tenía pinta —lo cual es bueno para los cantantes—, el pelo súper largo y una cosa importante: no se achicaba por nada.

Así que de vuelta a mi cuarto. El lugar ya estaba quedando chico. Para no tener problemas por el volumen, esperamos que fuera sábado. Mis padres siempre salían a dar una vuelta los sábados de tarde y tenía toda la casa para mí.

Por supuesto que también fue un desastre, pero me pareció algo menos desastre que la vez anterior. Ricardo se esforzaba por gritar para hacerse oír, Eliana le pegaba al redoblante y todos imaginábamos el sonido de los platillos y las otras partes que le faltaban, a la batería, no a Eliana, quien sí tenía todas las partes en su sitio y como que me estaba empezando a gustar cada vez más.

21

Resultado: a las tres horas de ensayo logramos tocar un tema de principio a fin. No sé cómo explicarlo: me sentí bien; más que eso, me sentí feliz. Fue ahí que me di cuenta de que podíamos hacerlo, de que *realmente* podíamos hacerlo. No era el tema lo que yo escuchaba, sino cómo podría llegar a salir si tuviéramos micrófono y batería, si el bajo no sonara como una vieja sin dientes soplando con los labios apretados. Linda imagen, ¿no? Era lo que escuchaba en mi cabeza lo que importaba. Supongo que a todos les pareció lo mismo, porque cuando terminamos de tocarlo, la primera vez que salió entero, sin que nadie pifiara ni nada, esa vez, cuando Eliana pegó el último palazo, nos quedamos callados, mirándonos. Sentía una cosa nueva, una rara alegría y pensaba que de verdad habíamos creado algo. Que en el aire, en un lugar donde antes no había nada, ahora había existido una canción. Me acordaba de algo que mi viejo siempre

estaba diciéndome, aunque nunca le había dado pelota hasta ese momento: que un tema es como una escultura creada en el aire, una escultura de sonidos. Era impresionante, aunque es cierto que no era la Novena Sinfonía ni nada de eso, sino una vulgar canción de esas de tres acordes, verso-estribillo-verso-estribillo-solo-estribillo-final. Pero era nuestra. Aunque yo la había compuesto, en ese momento sentía que no era mía, sino de todos.

22

Bueno, no hace falta aburrir con los detalles de cada uno de los temas que fuimos aprendiendo. Ricardo logró convencer a su viejo de que le comprara un micrófono y Nicolás consiguió un platillo rajado no sé dónde, así que al poco tiempo logramos sacar más temas, más o menos como a la octava queja de los vecinos que insistían con la estúpida costumbre de dormir la siesta los sábados de tarde, justo cuando nosotros ensayábamos.

Supongo que todo es siempre así cuando uno es adolescente. Nadie trata de ver las cosas desde nuestro punto de vista. Ellos, o sea los vecinos, creían que su derecho a dormir la siesta estaba por encima de nuestro derecho a hacer música. Estaría bueno que pudiera ser al revés, que uno pudiera ir a golpearle al vecino y decirle, señor, ¿con qué derecho se pone a dormir un sábado de tarde, justo cuando necesito ensayar? De última, ¿qué es más importante? ¿Que alguien pierda una hora de su vida durmiendo, cuando podría estar haciendo algo mejor, o que alguien use ese tiempo para crear algo? No soy filósofo, es sólo que en mi cuarto tengo un póster —otro regalo de mi viejo— que tiene una frase de un tipo llamado Bob Dylan, y de mucho

pensar en esa frase me convencí de que lo que dice es muy cierto: “Quien no se ocupa de nacer, se ocupa de morir”. Así que, si los vecinos estaban ocupándose de morir, ese era *su* problema. Yo estaba ocupándome de nacer. Y listo, basta de pensamientos importantes.

Logramos armar unos cuantos temas y cuando llegó el momento en que comenzábamos a cansarnos de tocarlos una y otra vez, Nicolás dijo lo que todos sabíamos:

—Tenemos que tocar.

Él quería decir en público. Salir y enfrentarse a los perros y ver qué pasaba.

Esa noche, la noche después de ese último gran ensayo, yo estaba tirado sobre el sillón mirando la MTV. Estaban pasando a unos tipos horribles que, por alguna misteriosa votación de no sé qué misteriosos votantes, ocupaban el segundo lugar en el *ranking* de la semana. Los miraba y pensaba cómo cuernos habían logrado que les dieran tanta manija. Es cierto, habían filmado un video que sale una torta de guita, pero la canción era muy chota, algo que cualquiera podía hacer, incluso nosotros. Pero ellos estaban ahí, en la tele, siendo votados por la gente, y nosotros acá, en el fondo del tarro, a punto de ser botados por los vecinos. Votados, botados. Mi profesora de idioma español se sentiría orgullosa de mí por ese inusual despliegue de conocimiento idiomático.

Claro, también pensaba en Eliana sentada sobre mi cama y en cómo me gustaría que eso fuera una frase que no tuviera que ver con que no tenía banquito. Pero mejor la dejo ahí porque me da un poco de vergüenza. La cosa

es que ahora la veía todos los días; pero nunca a solas. En los recreos nos juntábamos los cuatro y andábamos por el pasillo con aire de banda de rock. Era algo invisible, que solo nosotros sentíamos. Nadie iba a darse vuelta y decir: ¡¡Miren, una banda de rock!! Pero nosotros lo sentíamos.

También la veía en los ensayos. Cuando terminábamos, ella nos daba un beso a cada uno, decía chau y se iba apurada porque tenía miedo de que se le armara lío con la madre. Obviamente no le había contado que estaba en un grupo. En realidad le decía que iba a la casa de una amiga y temía que la madre hubiese llamado para preguntar por ella. Algo que efectivamente sucedió y no pudo salir de la casa, salvo para ir al liceo, durante dos semanas.

Pero a veces, cuando la madre estaba trabajando, ella me llamaba por teléfono.

—¡No aguanto más, me quiero ir con mi viejo!

Y yo le decía que aguantara, que no se iba a ir del grupo justo ahora.

—¿Justo ahora qué?

—Bueno, capaz que podemos tocar, yo qué sé.

Me daba cuenta de que ella estaba mal y que tenía que hacer algo para ayudarla. También sentía que me gustaba tanto que ya empezaba a doler, pero me bancaba para no complicar las cosas. Sé que suena raro, pero en ese momento para mí, lo primero era el grupo y tenía miedo. ¿Qué pasaría si encarábamos y después nos peleábamos? Se iba a ir todo al cuerno. Así que me sentía atrapado en ese problema que no sabía cómo resolver. También me

daba cuenta de que si no sucedía algo pronto, los demás se iban a aburrir. Eliana quizá lograra que su padre se la llevara con él a Estados Unidos y yo tendría que empezar todo desde el principio.

Por suerte para mi egoísmo, en el liceo se armó flor de lío.